

(Inédito.)

Trabajo hecho á la edad de 20 años.

## REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA.

La Historia de la Filosofía, es la historia de las evoluciones del espíritu humano en su porción más activa, más agitada, y más libre.—J. Balmes.

La facultad más noble que hay en el hombre, aquella que más semejante le hace á Dios, es la inteligencia; vasta capacidad de conocer, principio y causa de toda reflexión, contiene en sí misma un poder ilimitado, infinito, como que está destinado á conocer al Eterno; su actividad no se conformaba con un reposo perpétuo; exigía un trabajo continuo y constante; así es, que cumpliendo con su destino, comenzó á manifestar la grande energía que lo animaba: el hombre en el momento se vió impelido hácia el santuario de la ciencia, porque ahí se encontraba el objeto de sus anhelos, la verdad; la naturaleza se desenvolvió á sus ojos, y su belleza le hizo fijar por un momento su atención en sus diversas escenas; era esta un campo vasto donde podía dilatar su espíritu y adquirir lo que deseaba la naturaleza, pues como el primer objeto que excitó la curiosidad del hombre, fué el que suministró á la inteligencia humana sus primeros alimentos. La observación de sí mismo, la contemplación de la sociedad en que vivía, era no ménos á propósito para hacerle filosofar.

La reflexión sobre la naturaleza sin necesidad del estudio de los muchos volúmenes que sobre la filosofía se han escrito, bastó para hacer al hombre filósofo; esta es la filo-

sosía que propiamente se llama natural, pues podemos decir que nace con el hombre y le acompaña en toda su vida: sin los fastidiosos, y muchas veces, inútiles trabajos que se hacen . . . ¿para qué?, para aprender una multitud de términos que han inventado los hombres con el objeto de dar un aspecto grave á su pretendida ciencia: la filosofía no está encerrada en el gabinete de los sábios; ella también se encuentra en el hombre de las selvas. Porque, en efecto: ¿quien es aquel cuya alma sea tan estúpida que el brillo lejano de las estrellas, en medio de la tranquilidad y silencio de la noche, no le den una materia inagotable de reflexiones? ¿Quien, mirando la sucesión del día á la noche, en que el astro luminoso disipa las tinieblas á su sola presencia, permanece en una insensibilidad brutal? ¿A quien no habla á su corazón la imponente y majestuosa calma del océano, sus terribles borrascas, el canto de las aves, la soledad de los bosques, la estructura y fragancia de las flores, y finalmente, todas y cada una de las cosas que forman lo que llamamos Universo? El génio, después de admirarlas se avanzará á descubrir sus relaciones, examinará sus causas, estudiará su naturaleza, y el hombre de una ínfima inteligencia, no dejará de conocer ahí, la existencia del Ser Supremo, principio de toda filosofía.

No contento el espíritu humano con este inmenso teatro, de donde podía sacar todos los días conocimientos nuevos, sin agotarlo jamás, se trasladó á otra parte: el individuo, la familia, la sociedad; Dios, arrebataron sus miradas; y vedlo ya examinando la naturaleza del primero, su origen, su fin, su destino; sus relaciones, ya con la familia, ya con la sociedad; indagando el origen de esta, sus deberes, su autoridad, ó en fin, preguntadlo á su razón sobre la esencia infinita, sus propiedades y atributos; todo fué para él materia de estudio y de observación. ¡Tanto es su deseo de conocer!



Después de haber recorrido este gran espacio, quiso hacer un análisis de sus conocimientos; habiendo pasado de unos á otros objetos con la velocidad del relámpago, no se ocupaba en sondear su profundidad, y cuando creyó conocer todo, cuando se supuso que ningún arcano de la ciencia quedaba oculto á su penetración, quiso recorrer con orgullo el teatro de su gloria y el campo de sus proezas; con las indagaciones superficiales que había hecho, le parecía haber llegado al conocimiento profundo de todo; pero, ¡suceso imprevisto!, cuando las vagas ideas que sobre todo tenía formado, le permitieron ver las relaciones que en ellas existían, se encontró por todas partes rodeado de oscuridad, y sin poder avanzar un paso. Este acontecimiento inesperado que debía haber humillado su orgullo, no sirvió sino para exitar su extrema curiosidad; con mayor ahinco entonces, porque su soberbia le impulsaba, se quiso abrir un camino en la noche eterna que le rodeaba; su razón entonces se extravió fácilmente, un error se sucedía á otro, y entre la inconstancia perpétua de sus falsos descubrimientos, se veía ya dar un paso hácia adelante, y á retroceder ante el abismo adonde le había llevado su arrogante presunción.

Parece, que á proporción que los esfuerzos de la razón eran mayores, mayores eran también sus errores, incertidumbres y dudas; la confesión de su impotencia era harto vergonzosa para quien suponía conocerlo todo; cada uno, pues, sostenía con todas sus fuerzas lo que había propuesto como verdad, aunque en realidad no fuese sino un manifiesto error: las sectas se multiplicaban y sus disputas se hacían interminables.

Las falsas ideas que ellas habían concebido del hombre de sociedad, y aun de Dios, debían pasar hasta producir sus efectos en las costumbres, porque sería sin duda, el fenómeno moral más inexplicable, la contradicción clara y manifiesta de las creencias y opiniones: los hombres y los

pueblos arreglan siempre aquellas á estas como su resultado necesario. El desorden, por tanto, que en un principio podíamos llamar intelectual, llegó también á hacerse sentir en las costumbres; regladas estas por solo la razón humana, era imposible que fuesen conformes con la razón eterna; la emanación que de esta existe en el corazón del hombre se había ya extinguido en medio de la borrasca de las opiniones. Entonces los filósofos levantaban templos al crimen y á la maldad: entonces ellos mismos autorizaban los vicios: entonces nivelaban al hombre con el bruto: entonces . . . . . ¿pero adonde voy á parar si quiero enumerar los desórdenes introducidos por las sectas filosóficas? . . . . .

Nada, sin duda, hay mas cierto que este bellísimo cuadro que la filosofía misma ha trazado; fijemos, si nó, los ojos en la edad de oro de la Grecia: traigamos á nuestra memoria los hechos de la época de los Thales, de los Pitágoras, de los Aristóteles; veámos, por un solo instante con atenta observación los libros de estos insignes maestros de la filosofía antigua: y para decirlo en una palabra, penetremos, ayudados de la Historia hasta tan remotos tiempos, para que, ó ya mezclados entre los discípulos iniciados de Pitágoras, y descubierta su doctrina de todo velo misterioso; ya escuchando al génio profundo de la antigüedad en su academia; ó finalmente, acompañando en sus paseos al filósofo del Liceo, sentado en las plazas de Atenas, ó bien bajo el pórtico, podamos comprender el espíritu de esa época y oír las lecciones filosóficas, de boca de sus mismos profesores. Thales de Mileto, fundador de la secta jónica, y el primero que entre los griegos sembró las semillas de ese espíritu metafísico, descuella entre los filósofos llevando el título de uno de los siete sabios de aquella época, título justamente concedido, si se atiende á los conocimientos geométricos, astronómicos y filosóficos, que en sus diversos viajes había adquirido. Este creía, que el principio de



las cosas, es el agua, aunque reconocía un Dios, que era el que tenía la virtud de producir. Este primer error es disculpable, porque dejando salva la existencia del Sér Supremo, y solo equivocándose en cuanto al modo con que había ejercido su Omnipotencia en la creación, no podía de manera alguna establecer el ateísmo, destrucción de la sociedad, y por consecuencia, del hombre.

Pero si su razón, admitiendo la existencia de Dios, y la inmortalidad del alma, no cayó en los absurdos que han aparecido en otras sectas, sí él, conociendo la verdad primera, sin la cual, carecen de base las restantes, ponía un dique á la maldad, daba sanción á las leyes, y obligaba á los hombres á observar la virtud. Si en sus conocimientos psicológicos y teológicos no se extravió hasta caer en el ateísmo, por desgracia, no fué tan feliz en sus teorías sociales. Establecía, sin temor, que el mejor gobierno era aquel en que hubiera igualdad de fortunas; tal vez, se ocultó á su talento penetrante, los inconvenientes, pero, ¿qué digo inconvenientes?, la imposibilidad de su sistema político, sistema que solo puede existir en la imaginación acalorada de sus defensores. No me detendré, en hacer palpar hasta donde es absurdo este, pues además de que la inmortal pluma de Balmes nada ha dejado que desear en la impugnación de este error peligroso, él por sí mismo, se manifiesta tal, con todas sus incoherencias, sin necesidad de ninguna refutación; porque los errores más trascendentales, los más subversivos y destructores de la sociedad se dejan ver, felizmente, aun de los hombres más ignorantes; ¡medio admirable de que la Providencia nos ha dotado, como uno de los medios de la propia conservación!

No me detendré en seguir las huellas de la secta jónica: no hablare de la corrupción que sucesivamente hacían de la doctrina de Thales sus discípulos, preparando el camino para el ateísmo, por medio de sus nuevos sistemas completamente contrarios á los de su fundador; para mi obje-

to, basta manifestar las opiniones de los que figuraron más, en el vasto teatro de la filosofía, en los tiempos á que me refiero.

No debemos, sin duda, negar este honor á Pitágoras: su vasto ingenio le coloca en uno de los puestos más distinguidos de los filósofos, y el nombre del fundador de la escuela itática, que tanto influjo tuvo en los destinos de la filosofía, no merece pasarse en silencio. Las matemáticas la física, la música y otros varios ramos, formaban el objeto de la enseñanza de este filósofo: la trasmigración de las almas es sostenida por él, doctrina que varios filósofos no han admitido. El velo misterioso con que cubría su doctrina bajo las formas geométricas, las mil pruebas á que á sus discípulos iniciados sujetaba para oír de la boca del maestro las lecciones, han hecho creer á alguos, que su objeto no era solo la enseñanza de la ciencia, sino que tenía miras ambiciosas que pretendía encubrir, en medio de la oscuridad de su lenguaje, por lo qué, varios juzgan, que el asesinato fué el premio que este hombre célebre obtuvo de sus trabajos, aunque esta opinión no es tan cierta que deje de tener sus impugnadores, pues solo Deógenes Saercio refiere de cuatro maneras, el fin de este filósofo.

Parece, que á proporción que los esfuerzos de la razón eran mayores, mayores eran también sus errores, incertidumbres y dudas; la confesión ingénu de la propia impotencia era harto vergonzosa para quien suponía conocerlo todo: reflexión tristísima, pero no por esto menos cierta, reflexión que muestra, hasta qué grado llega el orgullo humano, cuando no reconoce freno alguno. No es esta, tal vez, la única causa á que podemos atribuir esa pululación de las sectas en la Grecia, de la misma manera que entre los filósofos modernos; el deseo de la fama, hé aquí otro móvil del corazón del hombre; no pudiendo muchos de ellos adquirirla sin proponer los mayores absurdos, no tuvieron inconveniente alguno para hacerlo, aunque fuese en contra



de los intereses de la humanidad. (Tan locos así son los hombres que han perdido el sentimiento del honor! No podría, sin duda, apoyar mejor esta verdad, que en el testimonio del inmortal Chateaubriand; oigamos sus propias palabras: «Son tan vanos y tan débiles los hombres, que frecuentemente el deseo de adquirir fama les hace sostener cosas de las que no están convencidas.»

No decir una palabra de Platón. á quien se le ha dado el sobrenombre de *divino* y á quien Laménais llama, “el talento más sublime de la antigüedad,” cuando trato de hacer un análisis de las opiniones de los más célebres profesores de la filosofía, sería ciertamente, una anomalía bien extraña. La fama, la reputación inmensa que adquirió serán desde luego conocidas, atendiendo al epíteto con que se le designaba, pero sin ser deslumbrados por aquellas, con la historia en la mano, examinemos sus doctrinas principales, con la imparcialidad necesaria.

Juzgaba, así como muchos filósofos antiguos, que la materia era eterna, aunque la formación del Universo la atribuía á un Ser supremo; sus doctrinas morales, son las más puras de la antigüedad, pues no enseñaba mas que lo que había oído á Sócrates, su maestro. La elocuencia con que este filósofo sostenía sus opiniones, les dán tal fuerza, que al leer sus obras, es preciso dejar restablecer en el alma la tranquilidad arrebatada por el calor de su lenguaje, para poder así pronunciar sobre ellas, un juicio imparcial.

La existencia de su *República*, de ese libro que podemos llamar la mancha de su reputación, no ha servido más que para disminuir su gloria: es esta un monumento que no sirve sino para deshorrar el entendimiento humano. Si el poder destructor del tiempo, si su guadaña terrible no respeta ni los magníficos y bien contruidos palacios de los reyes, si ella hace caer igualmente los arcos triunfales, las estátuas, las pirámides, y la débil caña que el viento mece: si el fuego pudo consumir en un momento la biblio-

teca de Alejandría, ¿porqué no pereció mejor esta obra? . . . El nombre de Platón sería entonces elogiado de las generaciones, sin que se le pudiera hacer reproche alguno; él habría reunido los homenajes de veintidos siglos consecutivos que pasando silenciosos delante de él, le manifestarían sus sentimientos con la admiración más asombrosa. Pero, por desgracia, no sucedió así: esta obra atravesando los tiempos, ha llegado hasta nosotros, y la imprenta con su velocidad increíble ha multiplicado sus ejemplares. Examinemos lo que en ella nos enseña Platón, oyendo sus mismas palabras: “El estado más perfecto será aquel. . . en el cual se practique . . . que todo es realmente común entre amigos. Donde quiera que lleguen á ser comunes las mujeres, los hijos, los bienes . . . de manera que desaparezca . . . entre los hombres, aun la palabra propiedad. . . y que lleguen á ser comunes en cuanto sea posible, aun las cosas que la naturaleza concedió al hombre en propiedad . . . ahí está el colmo de la virtud política . . . , este estado es la mansión de la más cumplida felicidad” [Libro 5º de las leyes.] Para hacer realizable este sistema, la educación del individuo la hacía comenzar al instante de su nacimiento; le arrancaba de las manos de sus padres para entregarlo en las de la sociedad; la madre no debía conocer á sus hijos, y con la leche de sus pechos, debía alimentar á un desconocido, cuyos padres tampoco conocía . . . Llegando este á la adolescencia, el gimnasio es su ocupación; para evitar que los jóvenes se entregasen á las dulzuras del amor, proponía teorías tan ridículas, como indecorosas, que no puedo menos que pasar en silencio . . . ; la pluma se rehusa á trazar estas extravagancias . . . . La compañera de su vida debía ser elegida por la patria: hé aquí, el bello ideal del *divino* Platón. hé aquí su hombre político: . . . ; tales son las doctrinas que en su República establecía.



Viendo tales absurdos sociales, propuestos como el estado de la más cumplida felicidad por el ingenio más sublime de la antigüedad, me pregunto admirado, ¿es posible que haya hombres, que en el exceso de su delirio filosófico, pretendan arrancar al hombre aun sus sentimientos naturales? ¿se puede concebir, no digo ya, realizar, que una madre olvide á su hijo, que un joven no sienta atractivo alguno por la belleza, que la compañera de sus días no sea la que su corazón le pide, sino la que al estado convenga?

. . . . Una triste experiencia demuestra, que ese sistema de que hablo, echaba por tierra las sensaciones más dulces de la vida, que tendía á borrar del corazón del hombre esos goces inefables que hacen olvidar todas las penalidades que por todas partes nos abruman, y que son como una rosa fragante en medio del desierto. Los animales mismos, aun los más feroces, no carecen de estos sentimientos; penetrad en los bosques y veréis el cuidado que los tigres tienen de sus hijos: encontraréis en su feroz carácter ese amor, si puedo expresarme así, á su familia, tan natural á todos los animales . . . . .

Quitar del corazón humano el amor conyugal, borrar de sus sentimientos el tierno cuidado que los padres tienen por sus hijos, en una palabra, despojar la vida de los embelesos, de los encantos que la hacen apreciable, estaba reservado al gigantesco talento de Platón . . . . «¡Feliz mil veces, séame lícito exclamar con un célebre autor, el indigente de nuestras villas, que mendiga el pan para satisfacer sus primeras necesidades, llevando su hijo en sus brazos! La sociedad le abandona, pero le queda la naturaleza; e la no sentirá el rigor del frío, si entre sus harapos, tiene un pedazo de paño con que cubrir el fruto de sus entrañas. No sentirá el hambre, si sus pechos dan el alimento necesario á su hijo, que sonríe á sus lágrimas, y que oprime el seno maternal con sus tiernas manecillas.» ¡Si mil veces más dichoso, digámoslo sin temor, el salvaje

que en el fondo de los bosques hace oír á su querida el tierno lenguaje del amor, que ignorando estos delirios filosóficos, da á su corazón el alimento que le pide, que imitando á los pajarillos, compañeros de su soledad, rebosa de placer al lado de su amada, y supira y llora, cuando separado de ella no puede imprimir en su frente candorosa un ósculo ardiente, como el amor que en su pecho arde!

Estos errores tan crasos en que los hombres más ilustres han caído, y que parece, que á proporción que estos son más asombrosos, aquellos son más extravagantes, sirven, sin duda alguna, para hacernos palpar claramente, la debilidad humana. La Providencia ha conservado los libros de los sueños filosóficos de aquel célebre antiguo, para convencernos de esta verdad, pues si estos hubieran perecido, tendríamos en su autor, un ejemplo del hombre, que siguiendo sus propios pensamientos, no se hubiese precipitado tantas veces, en el abismo del error. Platón nos sirve de prueba para mostrar hasta dónde llega el entendimiento humano cuando no tiene más guía que su inspiración; él sirve para confundir á los que orgullosos se levantan en medio de los pueblos gritando con voz aterradora: «creédme á mí solo, porque yo solo poseo la verdad . . . ; lo que los otros hombres os enseñan, son los delirios de su fantasía.» Los pueblos, entonces, no hallando en él mas que las señales de la humanidad, le exigirán las pruebas de sus arrogantes y dogmáticas aserciones, en alta voz le condenarán, porque ellos abrigan en su seno la voz de la naturaleza, de la que carecen estos visionarios . . . . .

Siguiendo el hilo de la historia, nos encontramos luego con otro de los más famosos maestros de filosofía: el alma de la escuela de Platón, se nos presenta luego. Aristóteles ocupó el lugar que á la muerte de su maestro quedó vacante: este, uniendo á la fama de sabiduría, la gloria de haber sido el preceptor del conquistador del Asia, la autoridad, que casi hasta nuestros tiempos ejerció en las es